

mino á vuestros horribles festines de carne humana y á vuestros sangrientos sacrificios? ¿Quién formó de vosotros un cuerpo de nacion, y quién os hizo sentar en el gran banquete de la civilizacion? Y aun en nuestros dias, ¿quién civiliza los desconocidos pueblos de la Oceania, los restos de los salvajes americanos y los indios sumisos al yugo de horribles supersticiones? ¿Quién envia á sus hijos á regar con su sangre aquellas lejanas tierras para preparar una rica cosecha para el porvenir? ¿Sois, por ventura, vosotros, Arrianos, Mahometanos, Protestantes ó filósofos?

Sin apartarnos de nuestra Europa, ¿quién cubre nuestros reinos, desde el Norte al Mediodía, de todas esas instituciones en las que no sabemos qué admirar mas, si el inmenso bien que obran respecto de todas las edades, de todos los sexos y de los desgraciados de todo género, ó la heroica abnegacion y celeste alegría de los ángeles visibles que noche y dia velan sobre el repugnante conjunto de todas las miserias humanas, con mas tierna solicitud que la jóven madre sobre la cuna de su primer hijo? Además, en las terribles plagas que no ha mucho han diezclado al antiguo y al nuevo mundo, ¿quién veló á la cabecera de los enfermos? ¿quién aplicó el oido á su pestifera boca para recoger su último suspiro? Arrianos, Mahometanos, Protestantes, filósofos, ¿fuisteis vosotros por ventura?

Así pues, despues de la aparicion de las pretendidas sociedades depositarias de la verdadera Religion, solo la Iglesia romana continuó y continúa magníficamente la mision civilizadora que inauguró antes del nacimiento de aquellas; su doctrina no ha cesado de ser buena *con exclusion de cualquier otra*, no siendo buena sino porque es verdadera, verdadera sino porque es divina. La Iglesia católica, pues, no ha cesado de ser la verdadera sociedad, la sociedad depositaria de la verdadera Religion.

¿Conoceis ahora la sociedad depositaria de la verdadera Religion? Para hacéroslo distinguir de todas las sectas erróneas, hemos empleado únicamente la prueba mas palpable, y por consiguiente mas popular, á saber, *que el árbol se conoce por sus frutos*. ¿Qué seria, si hubiésemos querido usar de todos nuestros medios, y desenvolver los señales intrinsecas de verdad que convienen todas á la Iglesia romana, ninguna al Arrianismo, al Coran, al Protestantismo ni á la filosofía? Para deciroslo en dos palabras, estas señales son la unidad, la santidad, la apostolicidad, la catolicidad; el privativo

sello de la verdad es el ser una, santa, de todos los tiempos y de todos los lugares; pues bien, ved si encontraréis ni siquiera una sombra de unidad, de santidad y de universalidad en el Arrianismo, en la ley de Mahoma, en el Protestantismo y en la filosofía!

¡Santa Iglesia romana! única conservadora de la verdad, de la virtud y de la civilizacion entre los hombres! ¿quién podrá negarse ahora á unir su voz con la del grande Agustin para deciros: «Iglesia católica, verdadera madre de los cristianos; vos sois la que enseñáis á los hombres, no solo á adorar á un solo Dios, aniquilando así la idolatría sobre la faz de la tierra, sino tambien la caridad para con sus hermanos de un modo tan perfecto, que todas las miserias humanas, por variadas que sean, encuentran en ella un remedio eficaz.

«Vos sois la que niña con el niño, robusta con el jóven, reposada con el anciano, enseñáis la verdad y acostumbráis á la virtud segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

«Vos sois la que por medio de fieles y castos lazos sometéis la mujer al hombre, no para satisfacer pasiones brutales, sino para conservar el género humano, la sociedad y la familia.

«Vos sois la que colocáis al hombre superior á la mujer, no para que tiranice al sexo mas débil, sino para que sea su apoyo y le dirija segun las leyes de un amor cordial.

«Vos sois la que por medio de una libre servidumbre sometéis los hijos á los padres, y dais á éstos un santo imperio sobre aquellos.

«Vos sois la que unís á los hermanos con el lazo de la Religion, lazo mucho mas sagrado y sólido que el de la sangre.

«Vos sois la que respetando las leyes de la naturaleza y las inclinaciones de la voluntad, estrecháis por una mútua caridad las alianzas y amistades.

«Vos sois la que enseñáis á los servidores á servir á sus amos, menos por miedo que por amor.

«Vos sois la que haceis que los amos sean buenos y misericordiosos para con sus servidores, al pensar en Dios supremo, su Señor comun.

«Vos sois la que unís no solo con los lazos de la sociedad, sino con los de la fraternidad, á los ciudadanos con los ciudadanos, á las naciones con las naciones, y á los hombres todos, sea cual fuere su patria, con el recuerdo de su origen comun.

«Vos sois la que enseignais á los reyes á sacrificarse por los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

«Vos sois la que enseignais con precision perfecta á quién se debe el honor, á quién la afeccion, á quién el respeto, á quién el temor, á quién los consuelos, á quién las advertencias, á quién las exhortaciones, á quién las reprensiones, á quién la correccion, á quién el castigo, mostrando que si no á todos se debe la misma cosa, á todos se debe la caridad y á nadie la injuria ¹.»

¿Qué objeto se propone la Iglesia romana al instruirnos, al formarnos para la virtud, al consolarnos en nuestras aflicciones? Reparar poco á poco, respecto de todas las generaciones que llegan á la tierra, las funestas consecuencias del pecado original, y de todos los demás; quiere devolver á nuestro espíritu parte de las luces de que gozaba en el estado de inocencia, y á nuestros sentidos parte de su poder y de su integridad primera. Desde la salida del paraíso terrenal la Religion ha conducido al hombre de claridad en claridad, como guia la madre á su hijo desde las primeras tinieblas de la infancia hasta la edad de la razon.

IV. La Religion, único origen de dicha en la eternidad.—La bien sostenida rehabilitacion, cuyo cuadro hemos expuesto en los ocho tomos de esta obra, es solo empezada en la tierra; su perfeccion está reservada para la eternidad, y la Religion nos conduce á ella. Allí será todo perfecto, allí veremos algo mejor que aquella edad de oro cuyo confuso recuerdo se habia conservado en el seno mismo del Gentilismo, el cielo; pues bien, tiempo es ya de decir lo que será, y si bien el cuadro que vamos á trazar será imperfecto, nos parece suficiente para excitar nuestros deseos, sostener nuestro valor y hacernos decir con el Apóstol: «Entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros ².»

Lo que es la luz para el ciego que la vió antes y desea verla otra vez; la salud para el enfermo, presa de crueles dolores; la paz para el desgraciado, que expuesto toda su vida al odio de los demás, ha debido permanecer noche y dia con las armas en la mano; lo que es para el rey destronado la vuelta á su trono; lo que para el viajero muerto de sed, un manantial fresco y puro; para el infeliz des-

¹ De Morib. Eccl. Cath. c. 30.

² Rom. viii, 18.

terrado, el regreso á su patria, al seno de una familia querida; finalmente, lo que es para el hombre devorado de deseos insaciables y siempre renacientes, para el hombre extenuado de trabajo y de dolor, para el condenado al llanto, á las enfermedades, á la muerte, la cesacion de todos los males, el goce pleno y perfecto de todos los bienes, el reposo y la inmortalidad de la dicha y de la gloria, lo es el cielo para el género humano, y aun mas.

Porque el cielo «es el cumplimiento de todos los deseos de Dios, «de las criaturas y del hombre; es la restauracion de todas las cosas en el estado de perfeccion absoluta; es el reposo eterno en el «orden.»

1.º Respecto de Dios. El cielo es el cumplimiento del voto expresado por el Hijo del Eterno instruyendo al género humano: *Venga el tu reino; hágase tu voluntad como en el cielo así también en la tierra* ¹. El cielo es para Dios el goce pleno y entero de sus obras, es la completa manifestacion de su gloria, de su poder, de su bondad, de su sabiduría, de sus inefables perfecciones; es el reinado de un Padre querido sobre hijos dóciles; es el desahogo inmenso, eterno, de su amor por ellos, y el desahogo igualmente eterno de su amor por él; es la unidad del hombre con Dios y de Dios con el hombre, unidad sin confusion de naturaleza, de modo que Dios y el hombre uniéndose sin confundirse gozarán eternamente en el seno de inefables delicias de la plenitud de su ser; en una palabra, el cielo será para Dios *ser todo en todos* ².

2.º Respecto de las criaturas. El cielo será el cumplimiento de aquel voto expresado en su nombre por el grande Apóstol: «Todas «las criaturas gimen y están de parto hasta ahora, esperando la redencion de su cuerpo y la adopcion de hijos de Dios, quienes no «las someterán ya mas á la vanidad como aquel que las redujo á la «servidumbre ³.» Luego las criaturas desean, dicen los doctores

¹ Matth. vi, 10.

² I Cor. xv, 28.

³ Rom. viii, 22 et seq.—Creatura hic sunt cœli, elementa, omniaque creata. Omnes creaturæ avidissime naturali appetitu expectant tempus, quo filii Dei gloria donabuntur, ut cum eis quibus servierunt, quasi dominis, ipsæ quoque suam gloriam, renovationem ac perfectionem, tanquam famuli accipiant. Sic arbor per appetitum, non rationalem, nec animale, sed naturalem dicitur expectare suum fructum, et semen suam messem. Atque hoc magnum est argumentum, gloriam illam nobis præparatam, ingentem esse et inæsti-

católicos, su redencion y emancipacion, no su aniquilamiento ni destruccion en cuanto á la sustancia; así pues, no serán destruidas, sino simplemente purificadas por el fuego del último dia, del mismo modo que el oro, que léjos de destruirse en el crisol, se hace mas brillante y duradero ¹.

mabilem; quod omnes creaturæ etiam insensibiles totæ ad illam anhelant... Sicut enim nutrix pueri regii, cum puer coronatur, et ipsa propter ipsum de bonis regis participat: ita pariter, cum homo gloria donabitur, hanc ejus gloriam cæteræ creaturæ que homini servierunt, participabunt, inquit Chrysost. *in unc loc...* ita ut similem quamdam libertatem, stabilitatem creaturæ alia accipiant. (Cor. à Lapid. *in Epist. ad Rom.* VIII, 19).

¹ La opinion de que el mundo no será destruido y si únicamente perfeccionado, es la mas autorizada entre los santos Padres y teólogos, y la misma Escritura le es muy favorable; así es que dice por ejemplo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento ¹ que *el Señor hará un nuevo cielo y una nueva tierra*, y no dice *otro cielo y otra tierra*, sino *un nuevo cielo y una nueva tierra* para expresar su renovacion ². Cuando un niño se convierte en jóven, de jóven en hombre, y de hombre en anciano, no se dice que muere cada vez que su edad cambia: es siempre el mismo hombre, pero pasando de un estado á otro; lo mismo sucede cuando un arquitecto hace una casa nueva de una vieja, ó cuando el labrador desmonta un terreno inculto y abandonado, y lo convierte en fértil y provechoso.

Al hablar el Salmista ³ de la destruccion de los cielos, lo hace sirviéndose de la idea de un vestido que se usa y se cambia, lo cual es muy distinto de lo que queda reducido á la nada ⁴. Isaías, describiendo el estado del mundo despues de la resurreccion, dice que se verán el sol y la luna, pero con un brillo infinitamente mayor: *La luna, dice, brillará como el sol, y éste dará siete veces mas luz de la que da en el dia* ⁵.

El Salvador nos dice en el Evangelio que *el cielo y la tierra pasarán* ⁶, y el Apóstol que *la figura ó apariencia de este mundo pasa* ⁷; ninguno dice que el mundo perecerá sustancialmente, ni que los cielos y la tierra volverán á la nada, sino que pasarán del estado en que los vemos á otro mas perfecto y hermoso. San Pedro, en el pasaje mas formal que tenemos sobre este asunto, dice: *Vendrá como un ladrón el dia del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu, y los elementos con el calor serán disueltos, y la tierra y todas*

¹ Isai. LXV, 17; LXVI, 22; Apoc. XXI, 1.

² Non dixit: Alios cælos et aliam terram videbimus, dice san Jerónimo, sed veteres et antiquos in melius commutatos. (*In Isai.* LI et LVI).

³ Psalm. CI.

⁴ Ipsi peribunt, et omnes sicut vestimentum veterascent; et sicut opertorium mutabis eos.

⁵ Isai. XXX, 26.

⁶ Máth. XXIV, 35.

⁷ Præterit figura hujus mundi. (*I Cor.* VII, 31).

¿Quién podrá decir la belleza y perfeccion del cielo y de la tierra así renovados? El Águila de los doctores, aquel cuya *angelica* pureza le mereció el entrever cosas ocultas á los profanos, santo Tomás, hablando de los elementos despues de la resurreccion general, nos dice: El agua será límpida como el cristal, el aire puro como el cielo, y el

las obras que hay en ella serán abrasadas ¹; nada de lo cual prueba la destruccion.

Dios nos ha revelado la creacion del universo, pero en parte alguna nos ha dicho que debiese reducir su obra á la nada; es preciso reconocer que así puede lo uno como pudo lo otro, mas en las Escrituras no vemos que sea tal su designio; además el aniquilamiento no se comprende.

Salomon asegura haber sabido que cuanto el Señor ha hecho durará eternamente ², y esto lo explica muy bien san Gregorio el Magno conciliando la Escritura consigo misma cuando dice en una parte que la tierra durara eternamente, y en otra que los cielos y la tierra pasarán. Pasarán en cuanto á su figura, no en cuanto á su esencia ³, y cuando la Escritura habla de nuevos cielos y de nueva tierra, no significa que Dios criará otros nuevos, sino que renovará los antiguos ⁴. El mismo san Gregorio compara este cambio al que vemos todos los años en la revolucion de las estaciones; el invierno sucede al estío, y la primavera al invierno; en estas diversas estaciones la tierra cambia de faz, pero en cuanto á la sustancia es siempre la misma.

Sin embargo nadie se ha explicado sobre esta materia en términos tan claros y expresos como san Agustin: «El fuego que quemará el mundo al llegar el último dia, dice aquel gran Doctor, cambiará las calidades de los elementos corruptibles, y lo que convenia á nuestros cuerpos sujetos á la corrupcion adquirirá otras cualidades que convendrán á nuestros cuerpos incorruptibles; de modo que el mundo así renovado estará á la altura de los hombres resucitados ⁵.» En otro lugar dice que el cielo y la tierra serán renovados despues del juicio; que pasarán, pero que no perecerán ⁶; y comparando luego el fuego que debe abrasar el mundo al fin de los siglos á las aguas del diluvio, hace un paralelo entre las expresiones de que se sirve la Escritura para expresar ambos acontecimientos; al hablar del primero dice que *el mundo pereció*, así como dice que perecerá en el segundo; mas como es sabido que por la palabra *perecer* la Escritura solo ha querido expresar un cambio extraordinario, de aquí se deduce que cuando dice que en la consumacion de los siglos el mundo pere-

¹ II Petr. III, 10.

² Dedit quod omnia opera quæ fecit Deus perseverent in perpetuum.

³ Per eam quam nunc habent imaginem transeunt, sed tamen per essentiam sine fine subsistent. (*Moral.* lib. XVII, *in Job.* v).

⁴ Non alia condenda sunt, sed hæc ipsa renovantur. (*Ibid.*).

⁵ Ut scilicet mundus, in melius innovatus, apte accommodetur hominibus, etiam carne in melius innovatis. (*De Civit. Dei*, lib. XX, 16).

⁶ Mutatione namque rerum, non omnimodo interitu, transibit hic mundus.... Figura ergo præterit, non natura. (*Ibid.* cap. 14).

fuego brillante como los astros y el sol; la tierra será en su superficie clara y trasparente como el vidrio ¹, y siempre é igualmente iluminada la tierra estará constantemente en la misma temperatura; los astros y los elementos, semejantes siempre consigo mismos y con nosotros, no tendrán ninguna de las imperfecciones que les observamos ahora ². Es cierto que la tierra quedará despojada de ciertos cuerpos mixtos, obligado acompañamiento de su condicion presente, sin quedar por esto menos perfecta; pues tendrá cuanto puede contribuir á la perfeccion en su estado de estabilidad y de incorrupcion, aunque privada de ciertas bellezas que le eran convenientes en su primer estado de imperfeccion. Los adornos que se adaptan

cerá, significa que será cambiado en cuanto á sus cualidades, pero que subsistirá en cuanto á su sustancia.

San Epifanio ¹, Proclo, Metodio y Ecumenio ² sostienen y prueban igual opinion. «La tierra y los elementos, dice el último, no serán destruidos, pues casi como nosotros sujetamos los metales á la accion del fuego sin ningun deseo de destruirlos, tampoco Dios desea destruir el mundo; destruirá, sí, únicamente las cosas que solo sirven para el uso de esta vida mortal y perecedera, y cuanto no tiene relacion alguna con el estado de inmortalidad y de incorrupcion en que nos encontraremos despues de la resurreccion de los cuerpos; mas conservará todo lo demás en un estado mas perfecto y feliz, para adorno y belleza del nuevo cielo y de la nueva tierra que nos están prometidos, así como para contribuir á la beatitud de los justos que vivirán entonces.» Así como el que levanta un nuevo edificio lo hace de algo, así Dios despues del juicio formará los nuevos cielos y la nueva tierra con la materia de los cielos y de la tierra que existen actualmente, y que cambiará en un estado mas perfecto ³.

¹ Innovatio mundi ordinatur ad hoc quod homo etiam sensu in corporibus quodammodo per manifesta indicia divinitatem videat. Inter sensus autem nostros spiritualior est visus et subtilior. Et ideo quantum ad qualitates visivas, quarum principium est lux, oportet omnia corpora inferiora meliori. Unde omnia elementa claritate quadam vestientur; non tamen aequaliter, sed secundum suum modum.... Aër non erit clarus, sicut radios projiciens, sed sicut diaphanum illuminatum... Terra erit in superficie exteriori pervia sicut vitrum, aqua sicut crystallus, ignis ut luminaria cœli. (D. Thom. 3 p. *Suppl.* q. 91. art. 4).—El cielo y todos los cuerpos celestes experimentarán una transformacion semejante, y serán mil veces mas luminosos de lo que son en el dia. (Id. id. art. 3).

² S. Hier. in Habacuc, III.

¹ Hæres. 64.

² In II Petr. III.

³ Cyril. lib. IV in Isai. LI.

perfectamente á la casa de un simple particular, no son propios ya al convertir aquella en el palacio de un gran príncipe ¹.

3.º Respecto del hombre. El cielo es, como hemos dicho ya, el cumplimiento de todos sus deseos legítimos referentes á su estado futuro; es la satisfaccion del voto expresado en nombre de todo el género humano por el Profeta real: *Señor, quedaré satisfecho cuando veré vuestra gloria* ¹. Para probarlo bastan estos dos principios: primeramente, el cielo es la ausencia completa del mal y completo goce de una felicidad pura y sin fin; en segundo lugar, el hombre será en el cielo verdadero hombre, es decir, estará en él en cuerpo y en alma; luego el cielo será la felicidad completa del cuerpo y del alma. Esta es la definicion que da al género humano un instinto tan universal como invencible, y hé aquí por qué, cosa muy poco observada aunque muy digna de serlo, el hombre desea el cielo con toda la extension de su doble potencia, espiritual y corporal. Criado para la felicidad, tiende incesante, irresistiblemente hácia su fin, como la aguja imantada se dirige al polo, como toda la naturaleza hácia su centro; desde su cuna á su tumba, ese ser degradado é infeliz busca su rehabilitacion y trata de sacudir el imperio del mal; el rey destronado busca su trono, *el dios caido se acuerda del cielo*, y lo busca por todas partes; una fuerza irresistible le empuja, y á cuantos encuentra les pide el cielo, la felicidad. Preguntadle cuál es el fin que se propone con su trabajo, con sus sudores, con sus negocios, con su vida agitada, con sus sacrificios, con sus virtudes, con sus crímenes quizás, y siempre os contestará: la felicidad, es decir, el cielo. Desde hace seis mil años que respira en el globo, nada ha podido detener el impetuoso movimiento que le lleva hácia la felicidad, es decir, hácia el cielo; al contrario, cuanto mas envejece, tanto mas devorante es su ardor, pues cuanto mas se aleja al corromperse del verdadero cielo, mayores esfuerzos hace para encontrar el imaginario cielo que sus pasiones han soñado. ¿Por qué desde hace tres siglos ha llenado el mundo de ruinas? ¿por qué esos inauditos sacudimien-

¹ Lo que acaba de leerse sobre el estado del mundo despues de la resurreccion no es artículo de fe, pero sí la opinion mas favorecida por la sagrada Escritura y mas acreditada entre los santos Padres y teólogos. (*Biblia* de Vence, t. XXIII).

² Psalm. xvi, 15.

tos, esas revoluciones sin cesar renacientes que solo dan por resultado amargas decepciones, sin satisfacer jamás su insaciable sed de felicidad? ¿Qué objeto, qué fin tienen tantas catástrofes? La felicidad, el cielo, que el hombre mendiga á cuanto supone capaz de podersele dar. Legítimos deseos, ; mas esfuerzos supérfluos! Si desea el cielo, lo desea mal, ó por mejor decir, ve el cielo donde no está, y esto es una terrible consecuencia de su degradacion; semejante en esto á un niño que colocado en la orilla de un tranquilo lago, viese de repente la luna en el espejo de las aguas; tomándola por el mismo astro, se precipita en el lago, la imágen se rompe, y cuanto mas se agita para cogerla, tanto menos la alcanza, logrando solo á pesar de sus penosos esfuerzos la fatiga, la desesperacion y la muerte en medio de las olas. Niño, levanta la cabeza y no busques á tus piés lo que está encima de tí; lo que persigues no es mas que la imágen de la dicha. No es menos cierto que la satisfaccion que experimenta en el goce de las criaturas es una sombra, una partícula, una alteracion si se quiere, pero en fin es una imágen de la felicidad del cielo, ó, por mejor decir, el cielo en imágen.

En efecto, ¿qué desea el hombre para su cuerpo y sus sentidos, para su alma, su memoria, su imaginacion y su corazon?

Placeres corporales. Primeramente, el hombre desea residir en sitios encantadores, en una tierra fértil, adornada con todas las bellezas de la naturaleza; desea que cobije su cabeza un cielo puro, sereno, sin nubes, sin frio excesivo, sin un sol ardiente; ved sino á los ricos hacer viajes, investigaciones y gastos para procurarse este placer, y cuando lo gozan están en el colmo de la satisfaccion, celebran su dicha, lo escriben á sus parientes, á sus amigos, invitándoles á alegrarse con ellos. ¡Pues bien! ¿qué es el cielo? El cumplimiento, la satisfaccion plena, entera, eterna, de semejante deseo; pues finido el tiempo, habrá nuevos cielos y nueva tierra, los que, purificados por el fuego, serán revestidos de las calidades análogas á la naturaleza de nuestros cuerpos hechos impasibles é inmortales. ¡Oh! ¡cuán deslumbradora será su belleza! Además, bajo los nuevos cielos y en la nueva tierra nada habrá de lo que turba y oscurece vuestra actual residencia por bella que os parezca; no habrá ladrones que amenacen vuestras propiedades, vuestra seguridad ó la de las personas que os son queridas;

no habrá hambre, ni inundaciones, ni incendios, ni terremotos; plaga ni azote alguno hará estragos en vosotros; nada tendréis que temer.

¿Qué mas desea el hombre para su cuerpo? Una habitacion cómoda, ricos salones, magníficos muebles. Ved la admirable actividad que despliega para procurárselos; ved cuántas artes y oficios están empleados para este objeto: albañiles, picapedreros, carpinteros, doradores, ebanistas, artesanos de toda especie solo piensan en embellecer su casa; los metales todos sirven para el mismo fin, el hierro, la plata, el cobre, el plomo, ¿qué sé yo? el mármol, la pizarra, las flores, los tapices mas preciosos; y cuando ha logrado alojarse y dormir en aquel suntuoso palacio se cree feliz. ¡Pues bien! el cielo no es mas que el cumplimiento, la satisfaccion plena, entera y eterna de semejante deseo; escuchad sino la descripcion que nos hace de la residencia de los elegidos el Discípulo amado, cuyos ojos fueron bastante felices para contemplarla: «Y el Ángel me llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la ciudad «santa de Jerusalem que descendia del cielo de la presencia de Dios; «que tenia la claridad de Dios, y la lumbre de ella era semejante á «una piedra preciosa de jaspe á manera de cristal. Y tenia un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce Ángeles; «el material de este muro era de piedra jaspe, mas la ciudad era «oro puro semejante á un vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. Las «doce puertas son doce margaritas una en cada una, y cada puerta «era de una margarita, y la plaza de la ciudad oro puro como vidrio trasparente¹.»

Hombres, ¿qué mas deseais para vuestro cuerpo? Vestidos suntuosos y brillantes; pues no ignoramos cuánto precio dais á su posesion, cuánto orgullo, ó, por mejor decir, vanidad os inspiran; mas ved que en el cielo esos innobles despojos de animales que ostentais para cubrir vuestra vergüenza y proteger vuestra debilidad,

¹ Apoc. xxi, 10-21. Para darnos una idea de la realidad, san Juan se sirve de cuanto conocemos mas precioso. No debe crearse que la Jerusalem celeste sea edificada ni enriquecida con las piedras y metales de que tanto aprecio hacemos en el mundo, sino que el Espíritu Santo para acomodarse á nuestras ideas bajas y groseras nos habla de aquel modo, en cuanto no sabemos imaginar nada mas bello y brillante. (Belar. pág. 61).

esas libreas de la degradacion primitiva habrán desaparecido; y vuestro cuerpo brillante con todas las gracias de una eterna juventud será él mismo su propio vestido.

¿Qué otros bienes deseais para vuestro cuerpo? La salud, la belleza, la agilidad, la vida.

¿Qué no hace el hombre para conservar el primero de esos bienes, ó para recobrarle cuando lo ha perdido? No retrocede ante los gastos, los viajes ni las privaciones de toda clase, y si á costa de tantos sacrificios recobra una salud que volverá á alterarse en breve, se cree, aun cuando sea el hombre mas miserable, mas feliz que el mas poderoso monarca. Ahora bien, en el cielo el hombre gozará de una salud perfecta, y sus órganos todos, en el dia corruptibles y groseros, serán tan perfectos é incorruptibles, que nada los alterará jamás, y servirán con una facilidad maravillosa á las operaciones del alma.

Tambien desea el hombre la belleza; las deformidades naturales le son á veces tan insoportables como la muerte; envidia á los que ha caido en lote la hermosura, y para consolarse acaba por creer que tiene una parte de la misma; nada diré de los cuidados, de las penas que se toma el día en que aquella belleza imperfecta se encuentra amenazada, para reparar y suspender, si posible fuese, los estragos del tiempo. ¡Pues bien! en el cielo, libre el hombre del mal y de todas sus consecuencias, aparecerá con una belleza de que nada puede darnos una idea. En los trabajos de la tumba, dice san Agustin, los cuerpos de los Santos perderán sus defectos, el hombre resucitará en el vigor de la edad, cuando la belleza brilla con todo su esplendor, y gozará de una juventud eterna.

Tambien, y especialmente en el dia, desea el hombre para su cuerpo con inconcebible ardor el don de la agilidad; no puede sufrir las distancias; el peso de la materia le incomoda y á toda costa quiere librarse de él; su genio ha sido puesto en tortura, y admirables maravillas han coronado sus esfuerzos; el vapor le presta su omnipotencia, el hierro su solidez, las montañas se inclinan delante de él, y mas rápido que el pájaro, atraviesa distancias inmensas en un abrir y cerrar de ojos. Aspira á dar la vuelta al mundo con la prontitud del pensamiento, y los triunfos que ha obtenido y los que sueña todavía le procuran un increíble placer. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo de agilidad que nos atormenta;

hechos *espirituales* nuestros cuerpos, no serán un obstáculo á la actividad del alma, la cual los transportará donde quiera con una facilidad y prontitud maravillosas.

Finalmente, el hombre desea para su cuerpo la vida; ¡ah! si pudiese esperar la inmortalidad, que no es mas que la vida sin fin, ¿qué no haria para procurársela? Juzgado al ver su ansia en prolongar sus dias, y su excesivo temor de morir; ved como lucha contra la enfermedad, como se debate contra la muerte; la medida de los esfuerzos que emplea para sustraerse á ella es la medida de su amor á la vida. ¡Pues bien! el cielo es el cumplimiento del deseo mas indestructible é imperioso del corazon humano; allí nos está prometida una vida inmortal acompañada de todos los goces sin ninguna mezcla de amargura; la belleza, la salud, la agilidad, la vida, tales son los grandes bienes que el hombre desea para su cuerpo, que busca, persigue, compra á toda costa; la Religion le conduce á su posesion, y se los da en el cielo.

El hombre experimenta tambien para cada uno de sus sentidos deseos que nada en la tierra puede satisfacer y que son su tormento: los ojos desean ver, los oidos oir, el gusto gustar, el olfato sentir y el tacto tocar cuanto hay bello, armonioso, delicioso, agradable y dulce; si quisiésemos referir cuánto hace el hombre para satisfacer sus sentidos, seria preciso contar desde su primera página á la última la historia del género humano. ¡Cuántas vidas sacrificadas, cuántos rios de sangre derramada, cuántas montañas de oro y plata derrochadas para comprar el placer de los sentidos! Pues bien, el cielo da todo esto, ó mejor, el cielo es todo esto perfeccionado sin mezcla de imperfeccion ni de vicisitud ¹.

Primeramente, *placer de la vista*. Los Santos verán los nuevos cielos y la nueva tierra incomparablemente mas bellos de lo que jamás habrán sido; verán la santa ciudad que Tobías y el apóstol san Juan despues de él nos pintan, á falta de términos para expresar su magnificencia, como una ciudad construida de oro y adornada con toda clase de piedras preciosas; veránse á si mismos, y como *sus cuerpos serán reformados para hacerlos conformes al glorioso cuerpo de Je-*

¹ Oculi, aures, nares, os, manus, guttur, jecur, pulmo, ossa, medulla, etc. Beatorum mirabili delectationis et dulcedinis sensu replentur. (S. Anselm. *Lib. de Similitudinib.* c. 37).